

PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE  
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica  
Décimo grado  
Estudios Sociales



PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE  
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica  
Décimo grado  
Estudios Sociales

## La historia de Juan el Cigarro

Ermel Gonzalo Asqui

Dicen que había una vez un hombre de veinticinco años, diminuto; pero lo que le faltaba de porte, le sobraba en virtudes. Este joven se enamoró de una bella chica llamada Domitila, de veintitrés años, que vivía en el mismo barrio.

Como en esos tiempos el pedido de mano se hacía a los padres y se consentía entre ambas partes, los padres del joven Juan el Cigarro se fueron adonde los padres de la chica para pedirles que le permitieran casarse con su bella hija única. Los padres de la Domitila lo condicionaron: si podía cargar dos sacos de papas, lo permitirían.

El joven cumplió y los padres, al ver que sí pudo, le dieron otra actividad: le dijeron que cargara dos sacos de sal en grano. Y también lo hizo. Como querían seguir con las pruebas, le pidieron que fuera a pastorear una manada de mil doscientas ovejas por los páramos que quedaban a quince kilómetros, donde había muchos lobos que podían llevarse varios borregos. El chico tuvo mucho cuidado con las ovejas y regresó con todas. Entonces le dieron otra actividad: cruzar el río, que medía doscientos metros de ancho, de un extremo a otro. Con mucho esfuerzo y sacrificio, Juan el Cigarro logró atravesarlo.

Al ver que ese hombre tan diminuto podía realizar todo lo que se le ordenaba, los padres de la chica lo aceptaron como un miembro más de la familia. De esa manera, el chico consiguió que la chica hermosa fuera su esposa. La pareja vivió muy feliz y tuvo cuatro hijos, de los cuales ninguno fue tan bajo de estatura.

**Ermel Gonzalo Asqui** (1960). Docente de la Unidad Educativa Estanislao Zambrano. Este relato fue seleccionado en el concurso "Nuestras propias historias", organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

# Construcción

Chico Buarque

Amó aquella vez como si fuese la última  
besó a su mujer como si fuese la última  
y a cada hijo suyo como si fuese el único  
y atravesó la calle en su paso tímido.

Subió a la construcción como si fuese máquina  
alzó en el descanso cuatro paredes sólidas  
ladrillo con ladrillo en un dibujo mágico  
sus ojos embotados de cemento y lágrima.

Sentose a descansar como si fuese sábado  
comió fréjol y arroz como si fuese un príncipe  
bebió y eructó como si fuese un náufrago  
danzó y rió como si oyese música  
y tropezó en el cielo como si fuese alcohólico  
y flotó en el aire como si fuese un pájaro  
y terminó en el suelo hecho un paquete flácido.

Agonizó en el medio del paseo público  
murió de contramano entorpeciendo el tránsito.

Amó aquella vez como si fuese el último  
besó a su mujer como si fuese la única  
y a cada hijo suyo como si fuese el pródigo  
y atravesó la calle con su paso alcohólico.

Subió a la construcción como si fuese sólido  
alzó en el descanso cuatro paredes mágicas  
ladrillo con ladrillo en un dibujo lógico  
sus ojos embotados de cemento y tránsito.

Sentose a descansar como si fuese un príncipe  
comió fréjol y arroz como si fuese lo máximo  
bebió y eructó como si fuese máquina  
danzó y se rio como si fuese el próximo.

Y tropezó en el cielo como si oyese música  
y flotó en el aire como si fuese sábado.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer x leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

**Chico Buarque** (1944). Poeta, cantante, guitarrista, compositor, dramaturgo y novelista brasileño. Entre sus obras destacan *Budapest*, *Leche derramada*, *El hermano alemán*, entre otras.

## La trata

Luz Argentina Chiriboga

A mí me causa dolor  
recordar esa desgracia,  
la mendaz plutocracia  
que tuvo el conquistador.

Fue un proceso criminal  
por todo el mal que este encierra,  
el negro cazado en tierra  
como si fuera animal.  
Un caso descomunal,  
tal vez desgracia mayor  
que ocasionó el agresor  
con su terrible falacia.

Veinte millones trajeron  
su sangre y su gran fervor,  
dieron su juventud en flor  
y casi todos murieron.  
De inmediato que vinieron,  
víctimas de una falacia  
sin pisca de democracia  
partieron a un socavón.  
Me duele a mí el corazón  
recordar esta desgracia.

Toda esa perversidad  
se basó en la ambición  
de subir de posición  
por medio de la maldad.  
No conocieron bondad  
ni siquiera una gracia.  
Asombra su amor al metal  
que fue garrafal  
de la mendaz plutocracia.

Los millones de africanos  
llegados cual mercancía  
trabajaron noche y día  
para sus amos tiranos.  
Aquellos falsos cristianos,  
mercaderes del dolor,  
amasaron el terror.  
En esa cruel desventura  
esa fue la coyuntura  
que tuvo el conquistador.

Tomado de Chiriboga, L. (1999). *Palenque. Décimas*. Ecuador: Unidad de Imprenta IADAP.

**Luz Argentina Chiriboga** (1940). Escritora narradora, ensayista, novelista, genealogista, ecologista, lingüista y poetisa esmeraldeña, que se adentra en los problemas del ser humano. Luchadora por los Derechos humanos de la mujer afroecuatoriana y la cultura afroamericana.

## La resurrección de la carne

Angélica Gorodischer

Tenía treinta y dos años y hacía once que estaba casada y se llamaba Aurelia y una tarde que era de sábado miró por la ventana de la cocina y vio en el jardín a los cuatro jinetes del Apocalipsis. Hombres de mundo, los cuatro jinetes del Apocalipsis. Y bellos. El primero empezando de este lado montaba un alazán de crines oscuras: estaba vestido con breeches blancos, botas negras, chaqueta granate y un fez amarillo con pompones negros. El segundo tenía una túnica sin mangas recamada en oro y violeta y estaba descalzo: cabalgaba a lomos de un delfín gordo. El tercero tenía barba, una barba negra, cuadrada y respetable: se había puesto un traje gris príncipe de Gales, camisa blanca, corbata azul, y llevaba un portafolios de cuero negro: estaba sentado en una silla plegable sujeta con correas a la joroba de un dromedario canoso. El cuarto hizo que Aurelia sonriera y que se diera cuenta de que ellos le sonreían: montaba una Harley-Davidson 1200 negra y plata y vestía de negro y calzaba botas negras y guantes negros y llevaba un casco blanco y antiparras oscuras y el pelo largo y rubio y lacio flotaba en el viento a sus espaldas.

Corrían los cuatro en el jardín sin moverse de donde estaban, corrían y le sonreían y ella los miraba por la ventana de la cocina. De modo que terminó de lavar las dos tazas de té, se sacó el delantal, se arregló el pelo y se fue al living.

—He visto en el jardín a los cuatro jinetes del Apocalipsis —le dijo al marido.

—Mirá vos —dijo él sin levantar los ojos del diario.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Aurelia.

—¿Hmmmmm?

—Digo que les fueron dadas una corona y una espada y un denario y el poder.

—Ah, ¿sí? —dijo el marido.

Y después pasó una semana como suelen pasar todas las semanas, muy despacio al principio y muy rápidamente hacia el final, y el domingo a la mañana mientras ella preparaba café, vio por la ventana a los cuatro jinetes del Apocalipsis en el jardín, pero cuando volvió al dormitorio no le dijo nada al marido.

La tercera vez que los vio, un miércoles, sola, por la tarde, estuvo mirándolos durante media hora y finalmente, como siempre había querido volar en un aerostato amarillo y colorado, como había soñado con ser cantante de ópera, amante de un emperador, copiloto de Ícaro, como le hubiera gustado escalar acantilados negros, reírse de Caribdis, recorrer las selvas en elefantes con gualdrapas púrpura, arrancar con las manos los diamantes ocultos en las minas, vivir bajo el agua, domesticar arañas, asaltar trenes en los túneles de los Alpes, arengar multitudes, incendiar palacios, abordar los puentes de todos los barcos del mundo, finalmente, como era tristemente estéril ser adulta y razonable y sana, finalmente ese miércoles sola por la tarde se puso el vestido largo que había usado en la última fiesta de fin de año de la empresa en la que su marido era subjefe de ventas, y salió al jardín. Los cuatro jinetes del Apocalipsis la llamaron y el muchacho de la Harley-Davidson le tendió la mano y la ayudó a subir al asiento de atrás y allá se fueron los cinco rugiendo en la tormenta y cantando.

Dos días después el marido se dejó convencer por la familia y los amigos e hizo la denuncia de la desaparición de su mujer.

—Moraleja —dijo el narrador—: la locura es una flor en llamas. O, en otras palabras, es imposible inflamar las cenizas muertas, frías, viscosas, inútiles y pecaminosas de la sensatez.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer x leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

**Angélica Gorodischer** (1928). Escritora argentina de novelas y cuentos policiales, fantásticos, realistas y de ciencia ficción. Entre sus obras destacan *La cámara oscura*, *Tirabuzón*, *Las señoras de la calle Brenner*, *Cuentos con soldados*, *Las pelucas*, entre otras.

## Gatidad

José Emilio Pacheco

La gata entra en la sala en donde estamos reunidos.  
No es de Angora, no es persa  
ni de ninguna marca prestigiosa.  
Más bien exhibe en su gastada pelambre  
toda clase de cruces y bastardías.

Pero tiene conciencia de ser gata.  
Por tanto,  
pasa revista a los presentes,  
nos echa en cara un juicio desdeñoso  
y se larga.

No con la cola entre las patas: erguida  
como penacho o estandarte de guerra.  
Altivez, gatidad,  
ni el menor deseo  
de congraciarse con nadie.  
Duró medio minuto el escrutinio.  
Dice la gata a quien entienda su lengua:  
Nunca dejes que nadie te desprecie.

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer x leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

**José Emilio Pacheco** (1939-2014). Escritor mexicano, considerado el padre de la poesía mexicana moderna. Entre sus obras más destacadas tenemos *Las batallas en el desierto*.

## Anonimatos

María Eugenia Paz y Miño

La niña tendrá de ocho a nueve años de edad y está sentada en la vereda cercana a la estación principal de autobuses. Forma parte de la familia de vendedores ambulantes que ocupa un angosto espacio entre las vías, en donde apenas caben la caja de betunes del padre, el cajón con golosinas de la madre con un bebé en brazos, el puesto de ventas de periódicos de quien al parecer es la tía, y un pequeño que empieza a jugar con papeles de caramelo hallados sobre el cemento.

La humareda de la contaminación asecha. Los transeúntes intentan protegerse las narices con las manos. Y mientras aguardo con impaciencia el autobús, observo cómo la madre hace ingerir a su bebé un remedio rosáceo que se desprende de un cuentagotas de plástico. La criatura lo arroja al instante. La misma escena se repite por tres ocasiones, hasta que ella, bastante enojada, insta a la tía para tapar la nariz del infante, entretanto insiste en cumplir con la dosis, agarrándolo de los brazos hasta inmovilizarlo. Después de un profundo berrinche el bebé se ha quedado dormido y ahora es colocado dentro de una cuna de cartón con sucias cobijas que, para protegerla del sol, el padre acomoda debajo del cajón de golosinas.

La madre alza al pequeño que estaba gateando entre la basura y también le ofrece el mismo menjunje, esta vez en una cuchara. Al pobre no le gusta para nada ese sabor extraño, y tosiendo lo escupe. La mujer insulta y maldice, él chilla y berrea. De nuevo la mujer exhorta a la tía para que vuelva a ejercer su papel de cómplice. El padre hace un gesto de aprobación. Entre las dos agarran con violencia al pequeño y le obligan a abrir la boca. El llanto es cuantioso, con arcadas y escupitajos que se mezclan con la ya intolerable contaminación del ambiente.

La niña ha seguido con pavor cada detalle y espera el próximo turno hacia el suplicio. Sin embargo, los adultos, luego de refunfuñar, retoman sus negocios y no le prestan atención. Pero no hay alivio para la niña: en busca de amparo el pequeño ha avanzado hacia ella, que lo acoge con un abrazo y lo consuela mientras mantiene los ojos fijos y penetrantes en la madre... Los vapores hediondos y asquerosos del hollín, de la náusea y del vómito, son una bienaventuranza comparados con esa mirada abominable donde el odio se multiplica.

**María Eugenia Paz y Miño** (1959). Escritora, ensayista y antropóloga ecuatoriana. Ha publicado *Siempre nunca*, *Golpe a golpe*, *El uso de la nada*, *Tras la niebla*, entre otras obras.

## Todas íbamos a ser reinas

Gabriela Mistral

Todas íbamos a ser reinas,  
de cuatro reinos sobre el mar:  
Rosalía con Efigenia  
y Lucila con Soledad.  
En el valle de Elqui, ceñido  
de cien montañas o de más,  
que como ofrendas o tributos  
arden en rojo y azafrán,  
lo decíamos embriagadas,  
y lo tuvimos por verdad,  
que seríamos todas reinas  
y llegaríamos al mar.

Con las trenzas de los siete años,  
y batas claras de percal,  
persiguiendo tordos huidos  
en la sombra del higueral.  
De los cuatro reinos, decíamos,  
indudables como el Korán,  
que por grandes y por cabales  
alcanzarían hasta el mar.

Cuatro esposos desposarían,  
por el tiempo de desposar,  
y eran reyes y cantadores  
como David, rey de Judá.  
Y de ser grandes nuestros reinos,  
ellos tendrían, sin faltar,  
mares verdes, mares de algas,  
y el ave loca del faisán.  
Y de tener todos los frutos,  
árbol de leche, árbol del pan,  
el guayacán no cortaríamos  
ni morderíamos metal.  
Todas íbamos a ser reinas,  
y de verídico reinar;  
pero ninguna ha sido reina  
ni en Arauco ni en Copán...

Rosalía besó marino  
ya desposado con el mar,  
y al besador, en las Guaitecas,  
se lo comió la tempestad.  
Soledad crió siete hermanos  
y su sangre dejó en su pan,  
y sus ojos quedaron negros  
de no haber visto nunca el mar.

En las viñas de Montegrande,  
con su puro seno candeal,  
mece los hijos de otras reinas  
y los suyos nunca jamás.  
Efigenia cruzó extranjero  
en las rutas, y sin hablar,  
le siguió, sin saberle nombre,  
porque el hombre parece el mar.  
Y Lucila, que hablaba a río,  
a montaña y cañaverál,  
en las lunas de la locura  
recibió reino de verdad.  
En las nubes contó diez hijos  
y en los salares su reinar,  
en los ríos ha visto esposos  
y su manto en la tempestad.

Pero en el valle de Elqui, donde  
son cien montañas o son más,  
cantan las otras que vinieron  
y las que vienen cantarán:  
—En la tierra seremos reinas,  
y de verídico reinar,  
y siendo grandes nuestros reinos,  
llegaremos todas al mar.

Tomado de <https://bit.ly/2WaHYgn> (20/12/2018)

**Gabriela Mistral** (1889-1957). Poeta, diplomática y pedagoga chilena. Ganó el Premio Nobel de Literatura en 1945. Entre sus obras destacan *Desolación*, *Tala* y *Lagar*.

## Lunes o martes

Virginia Woolf

Perezosa e indiferente, sacudiendo con facilidad el espacio de sus alas, conocedora de su camino, pasa la garza sobre la iglesia, bajo el cielo. Blanco e indiferente, ensimismado, el cielo cubre y descubre sin cesar, se va y se queda. ¿Un lago? ¡Quítale las orillas! ¿Una montaña? Sí, perfecto, con el oro del sol en las laderas. Caen desde lo alto. Helechos o plumas blancas, siempre, siempre...

Deseando la verdad, esperándola, destilando laboriosamente unas pocas palabras, deseando siempre (se inicia un grito a la izquierda, otro a la derecha; ruedas golpean divergentes; omnibuses se conglomeran en conflicto), deseando siempre (el reloj asevera con doce claras campanadas que es mediodía; la luz vierte escamas de oro; niños se arremolinan), deseando siempre verdad. Roja es la cúpula; de los árboles cuelgan monedas; el humo sale lento de las chimeneas; ladrido, alarido, grito. «Compro metal»... ¿Y la verdad?

Como rayos orientados hacia un punto, pies de hombres, pies de mujeres, negros o con incrustaciones doradas (Esa niebla... ¿Azúcar? No, gracias... La commonwealth del futuro), la luz del fuego salta y deja roja la estancia, salvo las negras figuras y sus ojos brillantes, mientras descargan una camioneta fuera, la señorita Thingummy sorbe té en su mesa escritorio, y las vitrinas protegen abrigos de pieles.

Cacareada, leve cual hoja, rizada en los bordes, pasada por las ruedas, plateada, en casa o fuera de casa, reunida, esparcida, derrochada en diferentes platillos de la balanza, barrida, sumergida, desgarrada, hundida, ensamblada... ¿Y la verdad?

Recordar ahora junto al fuego del hogar la blanca plaza de mármol. De las profundidades de marfil se alzan palabras que vierten su negrura, florecen y penetran. El libro caído; en la llama, en el humo, en las perecederas chispas; o ya viajando, la bandera en la plaza de mármol, minaretes debajo y mares de la India, mientras los espacios azules corren y las estrellas brillan... ¿la verdad?, o bien, ¿satisfacción con su proximidad?

Perezosa e indiferente la garza regresa; el cielo cubre con un velo sus estrellas; las borra luego.

Tomado zde <https://bit.ly/2HBmUvL> (13/03/2019)

**Virginia Wolf** (1882-1941). Escritora británica, considerada una de las más destacadas figuras del modernismo anglosajón del siglo XX y del feminismo internacional. Entre sus obras destacan *La señora Dalloway*, *Al faro*, *Orlando*, *Las olas*.

## El principito y el zorro de los Andes (fragmento)

Daniel Yépez Brito

El Principito lloraba y corría sin detenerse. Llegó al punto más alejado del centro de la tierra y se sentó sobre una roca, mientras sollozaba.

—Los adultos no son de fiar. ¡No entienden nada! —se lamentó y continuó llorando—.

¡Estoy solo!

Lloró como nunca lo había hecho. Extrañaba su rosa, a su planeta, sus tres volcanes. A pesar de que se encontraba en el astro más grande y habitado en que alguna vez había estado, se sentía

más solo que nunca. “No volveré a creer en los adultos”, se dijo, invadido momentáneamente por un sentimiento que nunca había tenido: el odio. Se consideró culpable y desdichado por sentir odio, pero no podía evitarlo, y así lloró durante varias lunas.

Días después, un anciano apareció sobre un burro y pasó cerca de él. Se bajó del animal, se acomodó el poncho rojo que llevaba encima y sacó una pala y un pico del costal que cargaba. Entonces se paró frente a un gran bloque de hielo, levantó el pico y empezó a partirlo. El Principito se acercó curioso hacia él, apenas cayendo en cuenta que en su tristeza había llegado hasta un nevado.

—Hola —le dijo el niño.

—Hola —le dijo el hielero, sin soltar el pico ni detener su labor, como si no le sorprendiera la presencia del muchachito.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Corto el hielo en bloques para llevarlo a la comunidad.

—¿Ese es tu trabajo?

—Desde que era joven —respondió el hielero—. Lo hago dos días a la semana, sin falta, para que el volcán no se moleste.

—¿Para que no se moleste?

—El volcán sabe cuándo voy a llegar porque se pone sus mejores vestidos, los campos de trigo brillan intensamente y de los árboles brotan los mejores frutos.

—¿Y siempre lo haces solo?

—Antes lo hacía con mi padre, y él lo hacía con el suyo, y fue así durante generaciones. Pero ahora, desde que en la comunidad existe el hielo industrial, la gente ya no tiene la necesidad de comprar el de este nevado. Los otros hieleros dejaron de trabajar en esto, pues dicen que ya no es un trabajo rentable. Yo soy el último que queda. Todo el mundo me dice que debería dejar de

trabajar en esto, que el dinero que recibo a cambio de los bloques de hielo no es una cantidad justa para el esfuerzo que hago, que estoy muy viejo para seguir subiendo dos días a la semana a esta parte del volcán, porque me toma cuatro horas de camino solo de subida y, además, luego debo picar el hielo con las fuerzas que me quedan. “Deberías dedicarte a algo serio”, me repiten.

—¿Y por qué lo haces?

—Porque mi padre lo hacía y mi abuelo también. Pero si yo dejo de hacerlo, ¿quién quedará para acariciar con su pico y su pala el hielo de este volcán nevado? ¿Quién cortará con la hoz la paja que crece en exceso en este lugar? Si de repente dejo de venir, el volcán no lo entenderá y se sentirá vacío y yo también me sentiré solo. Este volcán es único desde que mis antepasados empezaron a venir y picar bloques de hielo. Antes de eso, era un nevado más entre muchos otros. Pero desde que nos permitió que lo visitemos cada semana, los campos se hicieron más rebosantes de vida, los árboles dieron frutos más grandes y sabrosos. Si dejo de venir, es posible que vuelva a ser un volcán nevado cualquiera. ¿Acaso eso no es algo serio e importante? Hace muchos años que el volcán nos permitió acariciarlo, y me ha permitido trabajar mientras me brinda su energía...

Tomado de Yépez, D. (2016). *El principito y el zorro de los Andes*. Quito: Editorial El Conejo.

**Daniel Yépez Brito.** Guionista y director de cine y televisión ecuatoriano. Realizó el cortometraje *Vida*, que se presentó en más de 17 ciudades, y recibió varios reconocimientos.



